

ralidad del sentimentalismo y sabe lo canalla que es toda elegía. Relee entonces a Vallejo, Borges y Rulfo, consciente entonces de cómo la gracia de esos ascetas impide la corrupción del español debido a su música tan dulce como fría. Entre piedras, en su Chillan de Chile, Rojas habita su Torreón del Renegado. Debajo de la cama el avión de palo para volar más lejos, y siempre el éxtasis, sobre la grupa de la muchacha. Como él mismo lo dice: «Lo irreparable es el hastío». «Hay que nacer de nuevo, cada día, para quemarnos bajo ese rey, nuestro único padre, a quien llamamos: SOL».

Concluyamos, entonces, con estas palabras del poeta-pintor Roberto Matta, dichas en 1968: «Yo creo que todo hombre verdadero es un poeta, que un hombre integral tendría que ser un poeta, porque poesía quiere decir aferrar más realidad, toda la realidad».

Tal como sucede en la oscura, numinosa poesía de Gonzalo Rojas. Toda la realidad es suya, por fin. Y también nuestra.

COMO DESEAR HASTA EL FIN

Nucas y rodillas, fascinaron incrementada con los años. Como nos lo enseñó Marcel Proust, en *Un amor de Swann*, hay una edad «ya un poco desengañada... en que uno se sabe enamorado por el placer de estarlo, sin pedir demasiada reciprocidad».

Ahí es cuando la poesía afronta su mayor riesgo: con las viejas palabras, ya un poco cansados de oírlas, reiteradas una y otra vez, renovar las frases hechas, sacudir las rutinas, recuperar el asombro. El amor ya se conoce, lo intentamos de nuevo, y «vamos en su ayuda, lo engañamos con el recuerdo, con la sugestión», como reitera Proust.

Se escribe desde la memoria, aun cuando el presente brille allí adelante. Y es el pasado quien determina la forma. La conduce hacia el viejo molde, donde la atracción reclama una ilusa y sin embargo un tanto desencantada seducción. Exaltar esa belleza, quizás ya vista, quizás ahora más disminuida, pero que buscamos atrapar en las redes del poema. Por ello Gonzalo Rojas, en «Las adivinas», nos recordara:

Desvestirse

y vestirse de precipicio en precipicio, cansa,
predecir la misma carta del naipe en la misma convulsión
de hilaridad en hilaridad, en el mismo
abismo del orgasmo, cansa.

Sí: el amor, como la poesía, son viejos oficios, llenos de trucos y artimañas. Hay algo conocido y fatigado que se sabe imposible y sin embargo se empecina en invocar ese cuerpo próximo pero distante, olido con furia pero también nunca del todo nuestro, aun cuando se nos entregue. Por eso recurrirá a nuevos puentes, más oscuros mediadores, al decir: «Puede ser que Bataille me oiga, Georges Bataille, el que vio a Dios El 37 en la vulva De Mne. Edwarda, medias Y muslos de seda blanca».

Bataille, que ojalá escriba «lo que no sé»,»la palabra que él supo y ya no sé». Clausura e impotencia, la palabra se revuelve, se exaspera, gira y se torsiona sobre sí misma, en su afán de registrar lo evanescente. De decir Mundo. De conjurar el fugaz vislumbre de esa belleza que se esfuma, ya sea en un parque o un bar, embellecida aún más con todos los oros otoñales de una mirada como la del último Picasso: carne apetecida y en cierta forma ya nunca más poseída. Proust vuelve en nuestra ayuda, advirtiéndonos sobre el acto de posesión física, «donde, por otra parte, no se posee nada». Pero el propio Gonzalo Rojas, que sabe muy bien todo esto, se juega su última carta: «Aposté a perdedor y se me dio la poesía».

Cuando en octubre de 1955 Jean Cocteau, el ilusionista de los muchos rostros, entró en la Academia Francesa recordó su definición de la poesía: «Yo se que la poesía es indispensable, pero ignoro para qué». Esa otra cosa que era para Cocteau la poesía puede definirse desde la perplejidad y la contradicción: «¿Cómo, sin que se desintegre; cómo sin que se desvanezca en humo, poner la mano en ese hijo de las nupcias profundas de la conciencia y la inconsciencia, en ese móvil sin apoyo que tiembla en el aire al menor soplo y que, sin embargo, es más sólido que el bronce?».

Algunos de los poemas de Gonzalo Rojas tienen levedad de aire y resonancia de campana. Peso y transparencia. Gravedad de carne acariciada y rabia feroz por una única certeza insoslayable: la muerte que acrecienta el deseo por todo lo viviente. Por el agua

y por el ansia misma de beberla. Tántalo siempre nuevo y siempre seco.

El placer es mas profundo aún que el sufrimiento: el dolor dice:
¡pasa!/
mas todo placer quiere, /quiere profunda, profunda eternidad!.

Por ello por los dos rostros de su obra, lo numinoso y lo oscuro, el relámpago y la sombra, el sueño y la conciencia, la imaginación y el lenguaje, hoy lo celebramos a Gonzalo Rojas en sus apenas noventa años, fiel siempre al espejismo ©

